

Terapéutica de las enfermedades espirituales

LARCHET, JEAN CLAUDE. *Terapéutica de las enfermedades espirituales*. Colec.: Nueva alianza nº 225. Edit.: Sígueme, Salamanca 2014, pp. 734, cm. 24 x 15. 49,00 euros. ISBN 978-84-301-1860-1.

Un libro necesario y oportuno en el campo de la espiritualidad del mundo creyente, básicamente cristiano. La mirada es desde la teología ascética ortodoxa, que es el subtítulo en su original francés. La primera edición tuvo lugar en el 1991, siguiendo otras ediciones. La última, la 7ª, es del año 2013. La española procede de la 5ª, año 2000. Un libro que responde de forma adecuada a cómo sanar problemas emocionales, considerados como enfermedades espirituales para quien tenga un mínimo espíritu sano de creencia y no credulidad. Si en un momento dado el psicoanálisis deslumbró al mundo occidental con el conocimiento de la estructura psíquica dinámica, conllevando con ello un cierto abandono, por parte de muchos autores, de la Sabiduría del espíritu que a tantas personas les llevó a sanarse de sus problemas, el libro intenta, y lo consigue, abrir nuevos cauces para rescatar la Sabiduría y ver en ella la medicina para el alma. El autor, nacido en Francia (1949), es un patrólogo y teólogo ortodoxo, doctor en filosofía y teología, cuyas obras, que son muchas, están traducidas a más de quince lenguas, es además especialista en *Máximo, el confesor*. Sus estudios están centrados en la Edad Antigua y es un experto en patrística, como bien lo demuestra esa cantidad enorme de citas patrísticas que fundamentan toda la obra.

JEAN CLAUDE LARCHET pertenece a la iglesia Ortodoxa. Una excelente introducción que recuerda el principio del cristianismo: *La deificación del hombre: "Dios se hizo hombre para que el hombre pueda hacerse Dios"* (p.7). E insiste, citando a VLADIMIR LOSSKY, que *"el pensamiento teológico occidental ha interpretado la obra redentora y salvadora de Cristo en términos esencialmente jurídicos. Nadie discute que esta lectura de nuestra redención en términos de rescate encuentra su fundamento en las Santas Escrituras, especialmente en las epístolas de san Pablo. Sin embargo, esto no debe hacernos olvidar que por lo general, tanto en los Padres como en las Escrituras encontramos numerosas imágenes de nuestra salvación realizada por Cristo. Así, en el evangelio la imagen bucólica del Buen Pastor..., la belicosa del hombre fuerte..., la del estratega que burla a Satán. Y existe una imagen médica, la de la naturaleza enferma que es curada mediante el antídoto de la salvación. No cabe duda de que la imagen más común procede del ámbito de las relaciones jurídicas....y no por ello deja de ser una imagen más....."* (p.8 ss). Además, recuerda el autor que la utilización exclusiva, y así ha sido, de la imagen del rescate y su

comprensión en un sentido demasiado restringido manifiesta muy pronto su reduccionismo e incluso conduce a insuficiencias teológicas, como en su día señaló el mismo *Gregorio Nacianceno* en sus discursos.

El objetivo del libro es mostrar la enorme importancia que reviste en la tradición ortodoxa lo que *LOSSKY VLADIMIR* denomina “la imagen médica” y que los Padres han recurrido a ella con muchísima frecuencia en sus enseñanzas. Se encuentra además en la liturgia, en los rituales de los sacramentos de la Iglesia ortodoxa y varios concilios lo han ratificado en sus cánones. Podemos ver que esa imagen médica es una forma especialmente adecuada de representar el modo en que acontece nuestra salvación. Y este razonamiento en cuanto imagen, afirma el autor, ha de tener una validez al menos equivalente a la imagen del rescate. En otras palabras, *LARCHET JEAN CLAUDE* da un giro importante en reconsiderar la salvación con otra imagen, más adecuada a los tiempos actuales, y tan válida como la que ha predominado hasta el presente. Lo fundamenta sólidamente con citas de las Escrituras y de la tradición patristica. Y considera a la humanidad enferma, pero habiendo gozado de excelente salud. Así, la obra salvadora del Dios-hombre aparece como el proceso de la curación de la humanidad en su Persona, una Humanidad que él ha asumido para restituirla al estado de salud espiritual que el género humano había conocido primitivamente.

Entra aquí, en la Iglesia ortodoxa, el valor de la palabra “ascesis”, que no tiene el sentido restringido de occidente, sino uno mucho más amplio, es decir, todo aquello de cuanto el cristiano debe hacer para obtener su salvación o salud espiritual. Dice así el autor: “*Mediante la ascesis teantrópica, el cristiano por la gracia del Espíritu Santo, muere, resucita y es glorificado con Cristo, deja de ser ‘un hombre caído’ y se convierte en un ‘hombre nuevo’, se despoja del hombre viejo y se reviste en Cristo*” (p.10). Todos los Padres de la Iglesia recurren a las categorías médicas para describir las diversas modalidades de la ascesis. El autor elabora la ascética como una terapéutica perfectamente trabajada, y la ascesis se define como la propia medicina, un arte en el sentido antiguo de técnica. La naturaleza humana caída está verdaderamente enferma espiritualmente y lo que se realiza en Cristo por el Espíritu mediante la vida sacramental es una verdadera curación. Sabe tener en cuenta las dificultades actuales, como la que el hombre no es consciente de manera espontánea de su espiritualidad, pero las enfermedades espirituales no son tan claras como las corporales e incluso ciertas mentales. De ahí el valor de la imagen, devenida símbolo y el gran papel del símbolo en la vida humana. No duda el autor en afirmar: “*En el presente estudio nos proponemos mostrar que la ascética ortodoxa ofrece una descripción muy detallada del estado enfermizo del hombre caído, descripción que constituye en el plano espiritual en el que se sitúa, una verdadera semiología y, en virtud de su carácter sistemático y coherente, hasta una auténtica nosología médica. Esto se pone de relieve especialmente en la clasificación y descripción de las pasiones (su naturaleza, causas y efectos) que los Padres designan constante y explícitamente como ‘enfermedades espirituales’ puesto que la palabra ‘pathos’ (pasión), cercana al término ‘pathé’(enfermedad) tiene ya de por sí misma esta connotación*” (p. 11).

En el primer capítulo presenta el autor el concepto de salud según la concepción patristica. Será esa concepción la que guiará al autor a lo largo de su trabajo. La antropología ortodoxa tiene el concepto de la salud del hombre de forma indisoluble de la noción de una naturaleza humana ideal, que posee el Adán original y que él debía conducir, en la sinergia de su libre voluntad y de la gracia divina, a su perfección, la deificación. La naturaleza humana es perfecta desde su creación: orientada a Dios. El autor irá mostrando que el hombre se halla en el estado de salud cuando realiza su destino y sus facultades se ejercitan conforme a esta finalidad natural y que el pecado, concebido como separación de Dios, al desviar al hombre de ese objetivo que es esencial, instaura en él un estado multiforme de enfermedad, que se caracteriza por el uso perverso y antinatural de sus facultades. Finaliza la introducción el autor con esta frase: “*Veremos, pues, cómo la ascesis*

teantrópica, en virtud de la cual el hombre se convierte ontológicamente, constituye una verdadera terapéutica que le permite apartarse de dicho estado patológico contra natura y recobrar la salud de su naturaleza original al volverse de nuevo hacia Dios” (p.12).

J.C. LARCHET desarrolla este panorama descrito en seis partes. La primera parte con los apartados: *La salud original y el origen de las enfermedades. Premisas antropológicas*. Parte de la salud primordial o el estado natural de cómo fue creado el hombre. En el capítulo, como en todos los que le siguen, lo fundamenta con numerosísimas citas y textos de los Padres de la Iglesia. Tal vez demasiadas por ser muy reiterativas, pero que dan un buen conocimiento del pensamiento patristico. Una magnífica descripción teológica de este ser humano hecho a imagen y semejanza, siendo ambas cosas lo mismo.

Y luego explica el origen de las enfermedades y qué es el pecado ancestral. Dios crea al hombre libre con todas sus consecuencias. Al apartarse de la Fuente y del Ser, deviene un ser caído o enfermo. De ahí, sus patologías descritas de forma muy teológica y que son pervertidas por su función opuesta a su destino de origen. Las patologías son la del conocimiento, su perversión y decadencia, junto con el concepto del mal como invención, da origen a un conocimiento fantasmático junto a una percepción delirante de la realidad por el hombre caído. La desviación del deseo y del gozo con la economía del deseo lleva a la patología de ambas cosas. Las demás patologías descritas son la de la agresividad, que es para oponerse y empujar. La de la libertad mal orientada, junto con la de la memoria, imaginación y de los sentidos con las funciones corporales. El tender el hombre hacia Dios como ser perfecto. Clarifica el concepto de perfección, que es la unidad integral del ser humano, su armonía, pero no la perfección de la realización de cosas. La lectura de ese capítulo hay que hacerla desde la teología como base y no de una moral.

Y nos adentramos en la segunda parte, donde el autor hace una introducción sobre el concepto de pasión, como enfermedad espiritual, por considerar la misma raíz en griego de pasión y enfermedad, como he indicado anteriormente. Ya que las virtudes pertenecen al estado original o sano, las pasiones no son inherentes a la imagen y semejanza de Dios. Da para confirmar este pensamiento muchas citas de padres, SAN MÁXIMO, SAN ATANASIO DE ALEJANDRÍA, ORIGENES, SAN JUAN DAMASCENO, EVAGRIO PÓNTICO, entre otros muchos. Y teniendo en cuenta, en particular, a SAN JUAN CASIANO, a SAN JUAN DAMASCENO y MÁXIMO el confesor, el autor nos da una nosografía y términos de pasiones básicas y secundarias, que nada tienen que envidiar a los tratados de psicopatología actual. Así y todo, siguiendo a EVAGRIO, las reduce a ocho que son las ocho naciones a atacar, siguiendo el Deuteronomio (7,1), o a siete, que son los siete demonios del evangelio (Mt 12,35; Mc 16,9). El autor recuerda que siempre son listados no absolutos sino relativos. Catálogos según el público al cual se dirigen de forma muy pedagógica. No sólo esto, sino que insiste que en cada ser humano la dinámica es distinta. Lo que hoy llamamos en psicoanálisis: caso por caso. Concluye, con un criterio que se usa también hoy en día, como de pura lógica: *“Para curar al hombre de las enfermedades que constituyen las pasiones, para librarlo de la locura que estas engendran y aliviarlo de los sufrimientos que provocan, además de para preservarlo de ellas, resulta indispensable primero conocerlas bien: Si antes de nada, no hemos descrito las variedades de una enfermedad, si no hemos determinado su origen y sus causas, no podremos aplicar a los enfermos el tratamiento adecuado ni permitir a los sanos conservar la buena salud, como dice San Juan Casiano”* (p.133). E insistiendo, con otros Padres, en saber encontrar sus orígenes y sus causas. Así entra a explorar cada pasión y dedica un capítulo a cada una de ellas. Sólo las cito: La filautía (amor egoísta). La gastrimargía (gula). La lujuria. La filargiria (apego al dinero) y la pleonexia (deseo de adquirir o tener más). La tristeza. La acedia. La ira. El temor y la pusilanidad. La cenodoxia (vanagloria o vanidad). El orgullo. Y finaliza esta segunda parte con *“La transmisión de las enfermedades espirituales en la humanidad caída”*, que recuerda la diferencia con Occidente sobre el pecado original con SAN AGUSTÍN, cuya nota a pie de página menta la diferencia. Desarrolla esta naturaleza enferma, y que se recibe

de generación en generación, pero que cada uno se hace responsable al actuar de forma libre, pero que de su caída solo Cristo puede sanar.

Y pasamos a la tercera parte, cuyo título es *Condiciones generales de la terapéutica*. Partiendo de Cristo Médico, “*No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos (Mc 2,17)*”. Los Padres y toda la tradición de la Iglesia ven en él un médico enviado por el Padre para curar a los hombres enfermos de las consecuencias del pecado ancestral y hacer que la naturaleza humana recupere su salud primitiva” (p. 255). El autor desarrolla teológicamente toda esta premisa y pasa luego a las terapéuticas sacramentales con los sacramentos (bautismo, confirmación, penitencia, eucaristía y unción de los enfermos) y a las condiciones subjetivas de la curación y la salud en Cristo, con la voluntad de sanar. El remedio de la fe y del arrepentimiento como el remedio de la oración y de la esperanza. Todo ello conduce a un proceso de curación que es la conversión interior. Elaboradas las condiciones generales, en la cuarta parte, entra en *Aplicaciones de la terapéutica*. Habla del doble movimiento de la conversión interior. El primero consiste en apartar del mal las potencias, facultades, energías y mociones del alma, es decir, dejar de hacer mal uso de ellas, liberarlas de las realidades carnales. El segundo movimiento es dirigirlas hacia las realidades espirituales, y orientarlas hacia Dios. Para ello da un *Esbozo de la terapéutica de las facultades fundamentales del alma* junto con *la práctica de las virtudes generales*. Cita las virtudes genéricas, que son la templanza, la valentía y la prudencia, dirigido por el papel terapéutico del padre espiritual. Para ello se precisa no sólo de la manifestación de los pensamientos, sino también un combate contra los mismos. Y todo ello acompañado de una ascesis corporal. Como podrá constatar el lector, todo ello tiene una aplicación actual y muy semejante a la psicología dinámica.

Y de forma más precisa en la quinta parte, entra en *La terapéutica de las pasiones y adquisiciones de las virtudes*. Relacionándolo con la segunda parte, el autor va analizando cómo hay que adquirir las virtudes o la terapia de las pasiones. Cierra este magnífico estudio la sexta parte con *La salud recobrada*. Dice así: “*Cuando el hombre ha vencido todas las pasiones y ha restablecido en su lugar todas las virtudes, alcanza la impasibilidad, que aparece así como la flor de la praxis o también como el fruto de la práctica de los mandamientos en la que consiste la praxis*” (p. 619). Desgrana este concepto, la impasibilidad, para evitar confusiones de engaño. Considera que, si bien la impasibilidad es la fuente del conocimiento, no lo es sino indirectamente. Su fuente es la caridad, tema que desarrolla en los siguientes capítulos. La caridad o amor espiritual a uno mismo, al prójimo y a Dios, que lleva al conocimiento, puesto que el fin de la praxis es el conocimiento o la contemplación. Todo ello demostrado con las citas de los Padres, labor que ha realizado a lo largo de todos los capítulos. Una suculenta conclusión, muy bien lograda del autor, nos sitúa en su pensamiento que ha sido querer manifestar y mostrar cómo la imagen médica es muy válida, pero que al mismo tiempo -como toda imagen- tiene sus insuficiencias. Y que no todo es tan fácil de vivir y aplicar en la vida real. Clarifica que la salud no es un fin en sí mismo, sino un camino para la nueva creación o “la nueva criatura”. Un libro cuya lectura es indispensable para toda comunidad de creyentes en el momento actual, que no acepta o no ve claro las explicaciones psicológicas sobre la salud o enfermedad espiritual. Por otra parte, es un libro cuya riqueza en cantidad de citas patristicas es digno de loa a pesar de su reiteración en el pensamiento. Y sobre todo el profundo conocimiento del mundo interior del ser humano, muy rico en detalles, términos, procesos y orientaciones terapéuticas, fruto no de la especulación sino del trabajo interior de los ermitaños y Padres del desierto, todo lo cual puede ser de gran ayuda para el colectivo psíquico que trabaja en un mundo de religiones o de espiritualidad.